

y deposita la esperanza en el corazón del hombre, como consuelo en el dolor, bálsamo en la herida, y áncora en el naufragio. Y es que el pecado de Adán, dice Tertuliano (1), no fué sino un pecado de impaciencia; porque quiso elevarse á Dios demasiado pronto, y quiso lograrlo por el camino de la rebelión y de la desobediencia, en vez de hacerlo por el de la fidelidad, la obediencia, y el amor. Pero en cuanto á la idea en sí misma, el deseo de Adán no fué sino una necesidad, un instinto de la naturaleza. Por ello, dice el mismo Tertuliano, Dios no maldice á Adán y á Eva, como que les preparaba una restauración para elevarlos de nuevo (2). Ese instinto persevera en el hombre, y Dios lo alimenta con la esperanza, anunciándole un restaurador que, destruyendo los efectos del pecado, le devuelva con la gracia los bienes perdidos, y la virtud que le asemeja á Dios, y le da un derecho á la gloria prometida por el Criador. Este anuncio, que sigue inmediatamente al pecado, y esa esperanza constante miran á Jesucristo, no solo como á compañero del hombre que une su naturaleza á la de Dios en su persona, sino como víctima y Sacerdote, que expiando el pecado, conquiste para la criatura la gloria perdida, y merezca la gracia que acerca á Dios á cuantos de ella viven, haciéndoles participantes de su divina naturale-

(1) Perit, et ipse (Adam) per impatientiam suam utrobique commissam, et circa Dei præmonitionem, et circa Diaboli circumscriptionem, illam servare, hanc refutare non sustinens.... innocens erat, et Deo de proximo amicus, et paradisi colonus. At ubi impatientiæ succidit, desivit Deo sapere, desivit cælestia sustinere posse. (Tert. lib. de Patientia, cap. 5.)

(2) Nam etsi Adam propter statum legis deditus mortis est, sed spes et salva facta est, dicente Domino: Ecce Adam quasi unus ex nobis factus est, de futura scilicet allectione hominis in divinitatem.... Ideoque nec maledixit ipsum Adam, nec Evam, ut restitutionis candidatos. (Id. adversus Marcion., lib. 2, cap. 25.)

za. Esto hizo Jesucristo. Cuando llegó la plenitud de los tiempos, le envió el Padre para que redimiese á los que estaban bajo la ley del pecado, y les diese la adopción de hijos de Dios (1). Este fué el objeto de su Encarnación, y este el de la Eucaristía, perpetuación de aquella, que le hace vivir siempre con nosotros en el augustísimo Sacramento, con los mismos caracteres, con el mismo objeto, y con el mismo resultado de su vida mortal. Por eso se llama prenda de eterna gloria (2), documento de esperanza, prenda de felicidad. Considerémosle hoy bajo este punto de vista. La esperanza del hombre se funda en el sacrificio de Jesucristo, y en la participación de él y de sus méritos: primera parte. El Sacramento de nuestros altares, perpetuando este sacrificio, es la prenda de nuestra esperanza, y el estímulo y modelo de nuestros sacrificios, necesarios para alcanzar lo que esperamos.

PRIMERA PARTE.

Es innegable, hermanos míos, que en el hombre hay un desorden intrínseco, que hace de él un misterio; pero es inconcebible que ese desorden venga de Dios, y que su Criador le formara tal, cual nosotros le vemos. El desorden no puede ser obra de la Sabiduría infinita; es un efecto del pecado; que, siendo un desorden en sí mismo, no produce fruto sino según su naturaleza. ¿Aban-

(1) Ad Gal. IV, 5.

(2) Æternæ gloriæ nobis pignus datur. (In Offic. Corp. Christi.) Notissimum futuræ felicitatis indicium, et divinæ miserationis præsagium certum. (S. Laur. Justin., serm. de Corp. Christi.)

donará Dios su obra? ¿Abandonará al hombre porque ha pecado? ¿Le exterminará, ó le dejará en la tierra entregado á sí mismo, reservándolo para una desgracia eterna? ¿Le igualará, finalmente, en el castigo al Angel rebelde, privándole de la esperanza? No, Señores. El Angel pecó por impulso propio, el hombre por seducción (1); y siempre es más digno de lástima el que cae vencido por la fuerza de un poder extraño, que el que se arroja por sí mismo en el abismo del mal. El hombre es miserable: y Dios, que en el pecado encontró el objeto sobre que versa su justicia, y la ejerció, en la miseria encontró el objeto de su misericordia, y se dispone á ejercerla. Dios manifiesta siempre sus atributos donde encuentre el objeto, que puede decirse es su término. Ha visto el mal, y su justicia, que es la aversion al mal, se arma contra él y lo castiga: *morte morieris*. Ha visto la miseria que ha engendrado el mal, y la misericordia, que en frase de un sábio se traduce corazón consagrado á los miserables, acude al remedio del mal. Yo pondré enemistad, dice á la serpiente, entre ti y la mujer, entre tu semilla y la suya. Y notadlo, Señores: estas palabras las pronuncia el Eterno antes de fulminar contra los padres culpables la sentencia de su castigo, como para derramar en sus corazones el bálsamo, antes mismo de abrir la herida: para infundirles la esperanza, antes de imponerles el castigo. ¡Cuán bueno es el Señor! (2) ¡Cuan cierto que su misericordia nos previene (3), y que, como canta el Profeta, aun cuando se irrita, se acuerda de su misericordia (4), siendo breve su ira para castigo, y eterna

(1) Gen. III, 12, 13.

(2) Psalm. LXXII, 1.

(3) Psalm. LVIII, 11.

(4) Habac. III, 2.

y abundante su misericordia para felicidad y vida! (1) He aquí la semilla de la esperanza arrojada en el corazón de la humanidad. Ella crecerá y formará árbol frondoso, á cuya sombra se cobije la descendencia de un padre desgraciado, para que le sean menos sensibles los ardores del sol de la justicia.

Examinemos esa semilla y sigámosla en su desenvolvimiento. ¡Ah! ¡Es bello, cuando uno descubre las llagas del hombre, dejar caer en ellas una gota de bálsamo divino! ¡Es bello, al oír los horrores de un naufragio, saber que el pobre náufrago encontró, por fin, una tabla que le condujo á la ribera! Yo pondré enemistad entre ti y la mujer, dice Dios á la serpiente, y de su semilla nacerá la que quebrante tu cabeza, por sí misma y por su Hijo (2). ¿Observais la sublime economía de la providencia y misericordia divina? La mujer fué la primera víctima de la seducción, ella será el instrumento de la reparacion; ella es desde luego el principio de la esperanza (3). Adán y su posteridad, que pudieron mirarla como el segundo principio de su desgracia, la mirarán ya en adelante como segundo principio de consuelo y de felicidad. El pecado entrega el mundo al imperio de las tinieblas; el príncipe de estas, enroscándose sobre la tierra, se enseñorea de ella: no hay quien se sustraiga á su maléfico influjo; la ponzoña del orgullo, que lanzára con sus palabras de seducción, lo inficiona todo; y el silbo maléfico, que encantó á los primeros padres, se oye

(1) Psalm. XXIX, 6, 7. Momentum est in indignatione ejus, et vita, salus in favore et benevolentia ejus.... Tam brevis est ira ejus, ut si vespere fletus contingat, adsit mane lætitia. (Genebrard. in exposit. hujus Psalmi.)

(2) Gen. III, 15.

(3) I ad Timoth., 11, 14; Gen., loc. cit.

siempre en el mundo. «Comed; pasad adelante; nada os detenga; gozad; dominad; sereis como Dioses:» y el hombre, arrastrado por la atraccion de ese silbo, empeñándose en escalar el cielo á donde se siente llamado, descende á un abismo de que en vano procura huir. ¡Qué triste perspectiva para la humanidad encadenada al carro de su vencedor! Escuchad la pintura que nos hace el Espíritu Santo. Un pesado yugo oprime á los hijos de Adan, desde el dia que salen del seno de su madre, hasta el dia de su sepultura en el seno de la madre de todos: los pensamientos de su espíritu, los temores de su corazón, la esperanza de lo que sucederá, y el dia en que todo se acaba. Desde el que se sienta en trono brillante, hasta el que yace sobre la tierra y la ceniza; desde el que viste púrpura y ciñe diadema, hasta el que se cubre de un lienzo grosero, el furor, la envidia, la inquietud, la agitacion, las rencillas, la ira porfiada, el temor de la muerte, sobresaltan su alma aun en el lecho mismo, durante el sueño de la noche, en el tiempo del reposo. Apenas tiene un momento de descanso, casi nada: en el sueño mismo se halla como centinela que vigila. Se turba con las visiones de su imaginacion, como un hombre que escapa del enemigo en dia de batalla. Esta es la suerte de toda carne; y además de esto, la muerte, la sangre, la guerra, la espada, la opresion, el hambre y la ruina, y todas las plagas (1). Solo Dios consuela á la humanidad y la dice: yo suscitaré la semilla de la mujer, que quebrantaré la cabeza de la serpiente; y destruyendo su imperio, daré de nuevo al hombre la grandeza, abriré el cielo, cerraré el abismo, y lo haré abatiendo al vencedor con las mismas armas con que ha vencido.

(1) Eccli. XL, 1.

En efecto, dice el Crisóstomo, los símbolos y los instrumentos de nuestra desgracia fueron una virgen, un madero y una muerte. Virgen era Eva; el madero, el árbol de la ciencia; la muerte, el castigo promulgado contra Adan. En lugar de Eva, ofrece Dios á María; la Cruz, en vez del árbol de la ciencia del bien y del mal; por la muerte de Adan, la de Jesucristo (1). Así, amados míos, desde el dia mismo de la caída, es prometida al hombre la restauracion; al lado del mal, se le presenta el remedio; y el dogma de un Redentor y de una mujer, que será su madre, se escribe en la primera página de la historia de la humanidad pecadora. Lo que nosotros creemos ahora, se creyó en el paraiso. Jesus y María, que son nuestro consuelo, fueron tambien el consuelo de los primeros padres. Esta fué la herencia de sus hijos; y esta esperanza aparece viva en toda la extension de la tierra. Dios la confirma, renovándola de tiempo en tiempo, para que la serpiente no logre extinguirla; para que la humanidad, internándose en el bosque de sus extravíos, no pierda de vista esta estrella, que le señala el rumbo en su carrera. Así logra, que cuanto más se acerca el dia de cumplirse la promesa, más clara aparezca su luz sobre la tierra.

La humanidad tiene un centro, una cuna, un origen solo. Nace en el paraiso: arrojada de él en castigo

(1) Nostræ calamitatis et cladis symbola fuere virgo, lignum, et mors. Nam et Eva virgo erat; quando enim seducta est, necdum cum viro commercium habuerat. Lignum, arbor erat. Mors, supplicium in Adamum constitutum. Ecce quomodo virgo, et lignum et mors, calamitatis nostræ organa extiterint. Cerne nihilo secius quomodo, eadem illa victoriæ nostræ instrumenta extiterint. Pro Eva fuit Maria; pro ligno autem scientiæ boni et mali, lignum Crucis; pro morte vero Adami, mors Domini. Intellegis diabolum, iisdem omnino armis ab homine expugnatum, quibus ipse hominem expugnaverat. (S. Joann. Crisost. in sacrum Pascha oratio.)